

La madre

Ricardo Becerra Lozano

Por distintos motivos, hacía ya tiempo que tenía la intención de escribir algo sobre las madres. De todas ellas en general, y de la mía en particular.

Así, empecé a pensar seriamente en ello, planteándome cuáles iban a ser los puntos de partida, porque quería ser cercano, pero no pretendía *arriesgarme* utilizando la primera persona, y también quería ser original, al menos hasta cierto punto, pero sin caer en la artificialidad.

Pero no me conducía a nada. Cuanto más pensaba en estas, al fin y al cabo, nimiedades primigenias, más perdía el rumbo, más lejos estaba de lo que sentía que debía escribir.

Un tanto harto, y bastante desesperado, me acabé planteando, no sé si acertadamente, hacer un salto al pasado, a mi infancia, en el sentido de que tendría que ser totalmente honesto para escribir algo así, o más bien totalmente sincero, dejando a un lado cualquier otro tipo de consideraciones.

Así que reflexioné sobre lo que era y lo que valía una madre en un mundo como el de hoy, donde se imponen las situaciones límite, y los consiguientes altibajos emocionales a que pueden dar lugar, con días en que te crees en las nubes, y otros en que...

Tu paciencia parece estar al límite, y tu motivación para seguir adelante hundida, harto de verte rodeado de cada vez más frialdad, egoísmo y mala fe, en una sociedad donde pocos miran ya por el bien común, mientras la mayoría siente indiferencia de todo, guiada por unas fuerzas motrices que, maldita sea, son cada vez más nefastas, y quizá también más poderosas. La oscuridad invade tu mente y tus sentimientos, y la desesperación sacude tu ser. Un invierno se forma en tu interior, y parece que va a ser eterno, a no ser que algo acuda en tu ayuda, lo suficientemente fuerte como para repeler todas estas emociones.

Esa necesidad de no sentirnos solos rodeados de gente, de agarrarnos con todas nuestras fuerzas a alguna verdad, si no absoluta, casi, se puede ver colmada por diversos elementos a lo largo de nuestras vidas, pero por muy pocos de una manera constante.

Lógicamente, a partir de una determinada edad, todo esto es quizá más simbólico que otra cosa, pero se dice que una persona sin infancia es una persona sin patria. Esos recuerdos de luz, de color, de sentimientos cálidos, más de una vez han acudido en nuestra ayuda, yo diría que casi sin darnos cuenta, y en ellos erguida se encuentra la inquebrantable figura de una madre, que cual norte siempre ha estado allí, animándonos y alentándonos a seguir adelante, como un faro capaz de guiar un barco, que de no ser por él podría haber acabado a la deriva. Su amor, su entrega desinteresada por nosotros a lo largo de su vida no admite dudas, y eso es muy esclarecedor en estos tiempos de claroscuros y verdades a medias.

Hace unos años tenía un trabajo estival, con el que pretendía irme pagando los estu-

dios. Era consciente de la imposibilidad de hacerlo por otras vías, más aún mis padres.

Mi madre había trabajado en la empresa un buen número de años, y se sentía orgullosa de mi presencia allí gracias a la buena imagen que, con un esfuerzo notable, ella había dejado.

Un mal día, guiado por la inconsciencia de alguien con dieciocho años, actué de una manera un tanto inapropiada. Como resultado, el encargado, enfurecido, nos ordenó a otra persona implicada y a mí no volver al día siguiente.

El mundo se derrumbaba sobre mí, y mi sueño universitario se estaba resquebrajando, cuando empecé a pensar que tendría que enfrentarme a mis padres con la verdad. Rápidamente eso pasó a ser mi principal temor, al menos en ese momento concreto.

Llegué a mi casa y sólo encontré a mi padre. Se lo tomó relativamente bien. Con mi madre sería distinto.

Preparándome una patética defensa frente a las *représalias* que pudieran venir después, aguardé su llegada, pensando cómo contarle lo sucedido de la forma más adecuada, que no recuerdo (seguramente torpe y deshilvanada). Sí que recuerdo que lo hice con la cabeza gacha, y que estaba pasándolo mal.

No dijo nada. Finalmente, para adivinar su reacción, no tuve más remedio que levantar la vista y mirarla a los ojos.

Cuando lo hice, sin duda me invadió una de las sensaciones más extrañas que jamás he tenido. Supe que estaba pensando en darme una tremenda bofetada. Pero que también podía vislumbrar perfectamente en mí lo triste y avergonzado que me sentía por mi inmaduro comportamiento, y porque mi sueño de seguir estudiando empezaba a tambalearse. Era un espejo que me conocía mejor que yo mismo, y juro que instintivamente ardí en deseos de abrazarla, implorando su perdón y consuelo. Pocas veces había estado hasta entonces mi madre tan furiosa conmigo (luego vendrían más), pero era probablemente la única persona capaz de calmar mis ánimos en esos momentos. Amor, decepción, rabia, lástima... Sentimientos totalmente opuestos flotaban en el aire con toda su fuerza.

Afortunadamente, todo quedó en un mal menor, pues me volvieron a llamar al día siguiente. Pero tiempo después llegué a la conclusión de que una persona, aunque parezca una obviedad, te tiene que querer mucho, casi de forma infinita, para que en una mirada y en un instante se agolpen y den origen a tal cantidad de sentimientos. Ese recuerdo me perseguirá siempre.

Finalmente, como reflexiones de carácter general, diría que...

Poco hay más triste que un ser humano que sólo sabe valorar las cosas cuando el tiempo, la distancia o la pérdida se ciernen sobre ellas.

Poco hay más patético que evocar, lamentar o implorar en oraciones vacías, como si se nos debiera, lo que pudimos incluso llegar a despreciar cuando era nuestro.

MI COLUMNA

Casos y Cosas

José Luis Albiñana

DEMANDAN PASOS DE PEATONES. Los ciudadanos de a pie demandan pasos de peatones, pues en ciertos lugares para cruzar se tienen que jugar la vida. De momento sólo traemos a colación tres.

1. Calle Airén en su confluencia con las calles Alambique y Estación, enfrente del Telecentro (antiguo muelle de la Estación de ferrocarril). Cruzar por ese lugar es de valientes. El peligro acecha, porque los que proceden de la "frontera" (Avenida del Príncipe Alfonso) vienen "a toda leche" sin tener en cuenta si están cruzando personas. Es necesaria la señalización horizontal y vertical.

2. Calle Doña Crisanta en su confluencia con las avenidas Antonio Huertas y Juan Carlos I: inmediatos a la rotonda son necesarios tres pasos de peatones, ¡TRES! Uno en la calle Doña Crisanta antes de llegar a la rotonda, otro pasada la rotonda y un tercero en la Avenida Juan Carlos I. Sólo existe un paso de peatones en la zona, frente a la Parroquia, y ninguno en los peligrosos cruces de la rotonda, con paso muy frecuente de vehículos, lo que incrementa el peligro. Es necesario instalar señalización horizontal y vertical.

3. A la entrada de la calle Pedro Domecq, para las personas que acceden a las calles San Pablo, Santa Quiteria, Santa María e incluso la calle Santa Rita.

La Columna viene denunciando ciertas anomalías que es necesario subsanar para hacer una Ciudad más segura para los ciudadanos, que miren por dónde pagan religiosamente sus impuestos, con los que nuestros representantes cobran sustanciosos sueldos. Son dichos representantes los que están al servicio de los ciudadanos, no éstos al servicio de ellos. Hecha esta matización vamos a esperar por dónde "se arrancan" (en el buen sentido de la palabra).

La Columna y el columnista no cobran absolutamente nada a los ciudadanos por traer a este rincón sus demandas. ¿Está claro?

EL CRUCE DE LA CARRETERA 310. Llueven las quejas a la Columna sobre el peligroso cruce de la carretera 310, en su confluencia con el Paseo del Cementerio y final de la calle del Campo. En ese cruce es donde diariamente las personas mayores se juegan la vida al intentar cruzar. De la rotonda, nunca más se supo; del paso subterráneo, ni hablar (es una utopía, dicen); lañas en el pavimento, ¿para qué? Y por si fuera poco **LOS SEMÁFOROS NO FUNCIONAN.** Un auténtico desastre.

A esto en nuestro pueblo se le llama jugar con la vida de los ciudadanos. Habrá que empezar a pedir responsabilidades al Ministerio, Junta de Comunidades, Ayuntamiento...

¡Prometan menos y hagan más!

¿VAN A SER CAPACES DE EVITAR LOS RUIDOS? Los pacíficos ciudadanos de Tomelloso están hasta ahí mismo de aguantar los insoportables ruidos que producen los ciclomotores, los quads y eso que algunos llaman música dentro de los automóviles.

Nos vamos a permitir informarles que en Ciudad Real capital recientemente "han metido mano" a los ruidosos, los han sancionado y en algunos casos han inmovilizado los vehículos. ¡Eso es que Rosa Romero, la alcaldesa, tiene dos...!

¿HASTA CUÁNDO LA COLUMNA DE UNIÓN FENOSA? Eso, hasta cuándo van a permitir que Unión Fenosa mantenga la columna en el centro de la calle del Campo. Todos los ciudadanos sabemos y padecemos las **EXIGENCIAS** de Unión Fenosa, a la que pagamos religiosamente y cumplimos cuanto nos exige. Cabe preguntarse: ¿es que la eléctrica tiene que hacer en Tomelloso lo que le venga en gana?

Hace algún tiempo anunciaron a bombo y platillo que la columna en cuestión iba a ser retranqueada o suprimida. El tiempo pasa y la columna sigue ahí, en medio de la calle, ahora "adornada" con unas cosas de esas para regular el tráfico, pero que es inadmisibles.

¿Se van a atrever a apretarle las clavijas a la eléctrica? Eso es lo que falta por ver.